Marín, Demian
10 cuentos cortos
La Colmena, núm. 76, octubre-diciembre, 2012, pp. 79-84
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=446344460002

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Y Dimas le dijo a Gestas (2011). Bolígrafo: Luis Enrique Sepúlveda.

Alejandro Demian Marín Bello. Licenciado en Letras Latinoamericanas por la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México. Fue miembro del grupo Urawa; en 2005 publicó la selección de cuentos *Corte de pelo* con el sello del mismo grupo. Ha sido promotor de lectura en los espacios de la UAEM y colaborador en diversas revistas nacionales. Formó parte de la séptima y octava generación de becarios de la Fundación para las Letras Mexicanas, en el área de narrativa, de 2009 a 2011. Su libro *Vida y muertes del maestro Cha* fue publicado en 2012 por La Diéresis Editorial Artesanal.

10 cuentos cortos

Demian Marín

Babelia

Una vez se encontraron un sacerdote paraguayo de ascendencia guaraní, un diplomático suizo de madre italiana y padre alemán, y un rabino norteamericano interesado en las lenguas muertas. El sacerdote, además de hablar español y hacerse entender en guaraní, había vivido durante muchos años en la pampa brasileña, por lo que también manejaba el portugués. El diplomático creció hablando francés en la escuela e italiano en su casa; durante su adolescencia acompañó a su padre, diplomático también, a la embajada alemana en China. El rabino aprendió el latín y el griego, además de su lengua madre, el inglés, y la lengua de su religión, el hebreo.

La primera vez que se vieron, los tres hombres balbucearon unas cuantas palabras en los idiomas que ellos conocían. Sin embargo, no lograron entenderse. Así que decidieron irse sin decir adiós siquiera.

La segunda vez, ya que el sacerdote había aprendido inglés debido a una larga estancia en Irlanda, el diplomático fue nombrado cónsul en Israel y el rabino se mudó a París, cuando se encontraron, volvieron a balbucir unas cuantas palabras en los idiomas que acababan de aprender. Pero, debido a que nunca se pusieron de acuerdo en cuál sería el idioma en el que debían comunicarse, decidieron irse sin decir adiós. De todos modos, no tenían nada de qué hablar.

En el fondo del mar hay monstruos (2012). Estilógrafo y plumón: Luis Enrique Septúlveda.

Confusión

A ese hombre lo confundieron con otro mientras caminaba por la calle. Lo saludaron y lo invitaron a una fiesta. En la fiesta todo el tiempo pensaron que era el otro. Al día siguiente también, cuando tuvo que regresar a casa. Una mujer, la mujer del otro, le preparó la cena y le hizo el amor. En verano, el hombre visitó a los padres del otro, que descansaban en una casa de retiro; recibió sus bendiciones y escuchó sus quejas. Les prometió que los sacaría de allí en cuanto pudiera. Nunca lo hizo. Tampoco aclaró en ningún momento la confusión, ni a los padres del otro, ni a la mujer del otro, ni a los amigos del otro. Vivió en la mentira hasta los setenta y ocho años, cuando murió en su lecho, rodeado de los hijos que no eran sus hijos, pero que creían serlo. Nunca se supo cuál era su nombre verdadero.

El cumpleaños

El líder dice salud. La novia del líder dice salud. El hombre de la pala y el pico dice salud. El hombre del sombrero y el mal aliento dice salud. El muchacho flaco de la otra pala dice salud. La mujer tímida no dice salud, pero alza su copa como todos. El muerto no dice salud, ni alza su copa, más bien se ve muy desmejorado, pero aún conserva su anillo de oro.

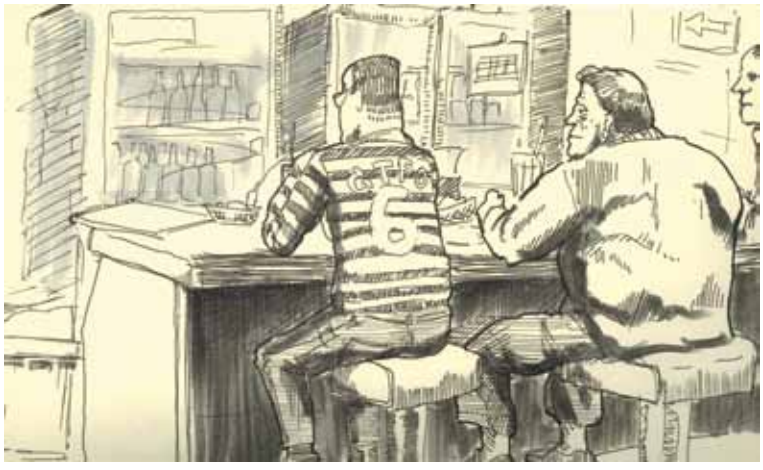
Hoy es el cumpleaños del muerto. La fiesta acaba de comenzar. La mujer tímida piensa que ésta es la última vez que acepta salir con los amigos del hombre de la pala y el pico, y finge dar un sorbo al vino. El muchacho flaco piensa que tal vez fue más difícil sacar el féretro y llevarlo a cuestas que cavar el hoyo, mientras de un solo trago se acaba el vino de su copa. El hombre del sombrero y el mal aliento piensa que la mujer tímida seguramente es virgen, y la ve con lujuria mientras se lleva lentamente la copa a los labios. El hombre de la pala y el pico piensa que el muerto ya no podrá aguantar al cumpleaños del próximo año por el grado de descomposición que presenta, y toma un pequeño sorbo al vino para paladearlo lentamente. La novia del líder piensa que sería divertido bailar con el muerto y que aún no está borracha, solamente un poco mareada. El líder toma la copa de su novia antes de que ella la tire por accidente y piensa que lo mejor sería no celebrar más cumpleaños, porque esta vez estuvieron a punto de ser descubiertos por los veladores del panteón, mientras el vino pasa por su garganta. El muerto no piensa nada, sólo está ahí, acostado en el féretro y con la osamenta casi completa. Le falta el peroné de la pierna izquierda, pero nadie se ha percatado.

Elizabeth

Con el último aliento, Elizabeth vio desfilar las imágenes de la noche en que Zacarías, viejo y cansado, se dejó caer sobre el cuerpo marchito de su esposa, después de intentar por última vez fecundar ese vientre estéril. Vio también a su prima María, que fue a visitarla cuando la anciana Elizabeth cumplía seis meses de embarazo. De la misma manera escuchó nuevamente la voz de la criatura que desde su útero anunciaba la llegada del mesías. Vino a través de sus ojos vidriados el día en que el sexo senil floreció por primera ocasión dando paso a la cabeza de Juan. Vio esa misma cabeza, barbada y prudente, reposando siniestra sobre una bandeja de plata en el palacio de Herodes. Elizabeth murió, recién bautizada, con el cabello mojado y los ojos abiertos, que su hijo el bautista cerró suavemente.

De cómo el albañil que se creía buhonero conoció y enamoró a aquella chica que siempre había tenido el mismo extraño sueño en el que ella era una niña y un vendedor de baratijas se le acercaba y le vendía un mechón del cabello de su abuela a la que nunca conoció y que según las historias familiares nunca dejó que se lo cortaran a pesar de las constantes enfermedades contraídas por piojos difíciles de ser aniquilados entre toda esa maraña que llegó a medir dos metros en el momento de su muerte una noche en la que extrañamente los pájaros trinaron como si fuera de día y la gente en todo el pueblo se asustó catalogando después a la abuela y a toda su familia de brujos hasta que de repente dejaron de circular los rumores sobre su mala influencia en el momento en que la nieta se casó con el albañil que en sus ratos libres tomaba su vieja bicicleta acondicionada para cargar con todo tipo de recuerdos de personas que los tiraban porque ya no cabían en su casa

Se conocieron en una fiesta. El albañil la emborrachó.



De lo cotidiano y otros chistes (2012). Estilógrafo y plumón: Luis Enrique Sepúlveda.

El error

Antes de agarrar el picaporte, la mujer presintió que en algo se había equivocado. Se quedó parada frente a la puerta pensando en lo que podría haber sido. Recordó haber quemado en el baño la ropa rasgada y sus medias corridas. Se vistió y se maquilló con parsimonia. El dinero lo llevaba en el bolso, así como el frasco vacío. Ventiló durante diez minutos la habitación. Lavó muy bien la copa y la llenó otra vez de vino. Colocó todas las cosas en donde estaban originalmente... No, no estaba segura de eso... Tal vez ahí estaba su error. Tal vez olvidó algo que debía ser colocado en su lugar. Para asegurarse, dio un vistazo a la habitación completa. Todo estaba en orden.

Antes de salir, vio por última vez el cuerpo del hombre, tirado en la cama. Salió de la habitación, y también del hotel. Pero mientras caminaba por la calle no podía dejar de sentir que había cometido un error.

Mosieur Cuack (2012). Bolígrafo: Luis Enrique Sepúlveda.

Mosieur Crocodile (2012). Bolígrafo: Luis Enrique Sepúlveda.

El hechizo

—Me han convertido en una rana —gritó desesperado el mago Sankarabaranam, y después se alejó dando grandes saltos.

"Los hombres se cansan antes de dormir, de amar, de cantar y de bailar que de hacer la guerra", gritó el sabio y ciego ermitaño desde lo alto de una montaña. Y sus palabras se las llevó el viento, se esparcieron por la ciudad que está en el valle. Se ciñeron por un momento en las caderas de la bella mujer que se contoneaba por la calle sabiéndose observada. Después avanzaron hasta los dedos del vagabundo que roía un hueso de pollo mientras asustaba con la otra mano a los perros famélicos que se le acercaban. Siguieron hasta el escote que se subía una mujer satisfecha después de todas las caricias que recibió. Soplaron por los oídos del asesino que estrangulaba a su tercera víctima. Llegaron hasta la carta que recibía una madre de manos de un compungido cartero asignado a entregar los pésames de los hijos muertos en combate. Pasaron a través de la puerta de algún bar donde un niño probaba su primera cerveza y su padre lo miraba orgulloso y ebrio. Se toparon con los ojos llorosos de una anciana que trataba de recordar dónde había escuchado esa canción. Recorrieron la cara picada por la viruela de aquel adolescente que lloraba junto al teléfono después de hablar a la mujer que amaba. Se reflejaron en los profundos ojos de una vaca mientras era ordeñada. Se detuvieron en una gota del jugo de sandía que escurría por el brazo hasta el codo de una mujer de cabello largo que comía sentada bajo un árbol. Visitaron al suicida que no se decidía con el cuchillo en la mano y apuntando a su muñeca. Se posaron en la tecla que el pianista acababa de tocar por error mientras daba un concierto de Schubert. Besaron el muñón del hombre que había perdido el brazo en el trabajo. Agitaron las pancartas de protesta que llevaban estudiantes en una marcha por la paz. Y entonces regresaron a los labios del sabio y ciego ermitaño, abrieron sus labios y jugaron un poco con su lengua, para después perderse en su garganta. Nadie escuchó esas palabras.

Moleskinazo (2011). Estilógrafo: Luis Enrique Sepúlveda.

Moleskinazo (2011). Estilógrafo: Luis Enrique Sepúlveda.

Lo que he aprendido

Como no me alcanza el tiempo para realizar todos mis deberes, he aprendido a hacer algunas cosas mientras estoy en el escusado. Por ejemplo, he aprendido a leer libros enteros, a resolver crucigramas difíciles sin la ayuda de algún diccionario, a estructurar ideas coherentes sobre la existencia y la esencia del ser, a mirar fotografías a detalle, a armar rompecabezas de doscientas piezas, a hacer figuras de origami con el papel de baño, a escribir con los dedos de los pies, a conducir tráileres de más de dos ejes, a coleccionar las moscas que mato, a beber un litro de agua en menos de un minuto, a hacer malabares con los rollos de papel higiénico, a subir de espaldas las pirámides mayas, a rasurarme sin espejo, a guardar el equilibrio en posición fetal...

He aprendido a hacer muchas cosas mientras estoy en el escusado. Pero sólo hay una que no haré nunca: no comeré un solo bocado de cualquier tipo de comida; me parece repulsivo y de mal gusto.

Los sueños de Gympo

¿Qué hace Gympo cuando sueña? Come flores. Recoge todas las que encuentra a su paso y se las va metiendo a la boca, una por una.

En verdad a Gympo no le gustan las flores, pero cuando sueña que las come, su sabor se convierte en una exacta réplica de su perfume, y Gympo goza oliendo lo que mastica.

Gympo puede comer cualquier tipo de flor; pero, por supuesto, tiene sus preferencias. La orquídea y el clavel son sus favoritas.

A veces, Gympo despierta con un insoportable sabor amargo en la garganta; entonces, baja a la cocina a tomar agua. Gympo sabe que sólo con el agua desaparece ese sabor.

En otras ocasiones, Gympo despierta sin sentir nada en la garganta o en la lengua; entonces baja a la cocina a comer algo, porque cuando despierta le da hambre.

Mientras toma agua, Gympo se jura a sí mismo no comer nunca más de las flores en sus sueños. Pero mientras come, se acuerda del delicioso aroma de las flores y en lo feliz que era mientras las masticaba.